

Guy Jimenes

Querido papaíto

*roman traduit
du français à l'espagnol par
Anne Guillot*

Querido papáito est la traduction
de la nouvelle édition de
Mon cher papa
(éditions Barbedogre 2025).

Ce livre électronique est distribué
sous licence Creative Commons.
Pour information, consulter les pages suivantes :
creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.fr
guyjimenet.net/livreselectroniques

© Anne Guillot
Les Râpées
45320 Courtenay-France
anne.guillot3@orange.fr
2025
Tous droits réservés

1

Querido papaíto,

Estoy contenta de escribirte. ¡ Tengo un montón de cosas que contarte ! Hoy, era la vuelta a la escuela.

En cuanto al tiempo que hace, nada del otro mundo : hace tres días que está lloviendo. Por la lluvia, me hubiera gustado que mamá sacara el coche esta mañana para llevarme. Pero me dejó bien claro que la escuela queda a dos pasos. Sólo tenía que abrigarme bien y coger el paraguas de Mary Poppins.

¿ Te imaginas ? Ya conoces su viejo paraguas negro, y estarás de acuerdo conmigo : es uno de los objetos más horrorosos de la casa. ¡ E inútil ! La tela está tan raída que las gotas la atraviesan sin estallar, ¡ sino por la risa !

Le contesté a mamá :

– ¡ Ni siquiera querría el paraguas de la señora Doubtfire ! Así que él de Mary Poppins, que se remonta al diluvio, te lo puedes quedar...

Ya sé lo que me vas a decir : quise herir a mamá a sabiendas de que le encantan las películas de niñeras del siglo pasado. Pero fíjate tú lo que me contestó :

– Milena, ¡ piensa en el planeta !

Sí, has leído bien : *¡ Piensa en el planeta !...*

He aquí los subtítulos : coche = contaminación. Con lo cual, al pedirle a mamá que me llevara a la escuela por motivos de una lluvia fría e intensa, ¡ estaba cometiendo una suerte de crimen contra la humanidad y demás especies vivas !

Me pareció muy injusto.

– Mejor confiesa, repliqué, que te da pereza vestirme y salir. Adiós, nos vemos esta noche.

Y di media vuelta. “Nos vemos esta noche” porque se empeña en que almuerce en la cantina.

También añadí :

– Esta vez, no te comas todos los brownies. Te agradecería que me dejaras algunos para la merienda.

Te lo cuento con mucha calma, pero estaba furiosa. Me encaminé hacia la

puerta. Podía sentir la mirada de mamá como si me quemara la nuca. Me gritó :

– Y te agradecería yo a TI que NO dieras un p...

¡ Demasiado tarde ! La palabra “por-tazo” se perdió en el estrépito del pesado batiente de madera.

Sinceramente, la primera sorprendida por la violencia de mi gesto fui yo. Hasta eché una ojeada a la puerta, manera de comprobar si había aguantado el golpe. Por suerte, el tragaluz estaba intacto. No me demoré, no tenía ganas de ver la cara de mamá enmarcarse en él.

Tragaluz es una de las palabras que prefiero. Fuiste tú quien me la enseñaste el día en que recortaste la puerta para realizar aquella apertura pequeña para adornar. A mamá no le parecía buena idea.

Hasta mañana, papaíto mío, ya que no te he contado la décima parte de la cuarta parte de la mitad de lo que quería...

Papaíto mío, retomo la carta que no terminé ayer. ¿ y sabes el qué ? No te la voy a enviar enseguida : ¡ esperaré a escribir algunas más y te las mandaré todas al mismo tiempo !

A mí me encantaría eso, recibir un fajo de cartas, instalarme confortablemente y tomar el tiempo de disfrutarlas como si fueran dulces. En realidad, te escribiré una sola carta, día tras día, capítulo tras capítulo, como una novela. La novela de mi vida.

Sigue haciendo un tiempo despacible. He encontrado esta palabra en

el diccionario : *Desapacible = desagradable, inestable, destemplado*. No sólo se dice del tiempo, sino también de las personas. *Desapacible = que carece de amabilidad y resulta desagradable...* Así que “desapacible” es cómo yo estaba ayer.

Hoy no te hablaré más de mamá, ¡ no te preocupes ! Te hablaré de mi enamorado... Es Vicente, ya lo conoces, estamos en la misma clase desde tercero de primaria y lo había invitado al cumplir los once años. Jugaste a la petanca con él, aquel día, y te ganó soberanamente...

Ahora, apuesto a que estás frunciendo el entrecejo al preguntarte por qué, ayer, me sentía “desapacible” con la idea de volver a la escuela, en vez de

alegrarme. Por mucha lluvia intensa y fría, habría tenido que precipitarme para reunirme con Vicente bajo la cubierta del patio. Él me habría acogido con su linda sonrisa más mona y yo habría estado orgullosa de enseñarle mi nuevo corte de pelo. (Pues ya tengo el pelo corto, y me queda la mar de bien, con los pendientes brillantes que me habíais regalado en mi cumple.)

Resulta lógico pensar que hubiera tenido que precipitarme a la escuela, pero en vez de eso, me demoré en el camino y hasta llegué con retraso. Cabe decir que fue un poco adrede.

La señorita Alivio hizo una mueca cuando entré en el aula, aparte que estaba empapada. Abrió la boca para reñirme, y de repente pareció acordarse

de algo y se contentó con indicarme mi asiento.

¿ Lo has cogido ? ¡ Si tú fuiste el motivo por el que la maestra no me regañó ! Está al tanto de que te fuiste de casa. Todos están al tanto en la escuela, vuelan las noticias, ya sabes cómo es el barrio. Por eso, existe una suerte de molestia para conmigo. Mis amigas ya no me miran como antes, y sé que piensan en ello. ¡ Pero que no se les ocurra siquiera mentarlo ! La muy víbora de Lisa, que critica a todo el mundo, lo intentó durante el recreo de la mañana :

– Estoy al tanto a propósito de tu padre.

Repliqué :

– Y yo estoy al tanto a propósito del tuyo.

Si te soy sincera, no tengo la menor idea de por qué pronuncié esta frase, se me salió sin querer. Entonces Lisa me lanzó una mirada de pánico, antes de alejarse como si le hubiera echado una maldición.

Un poco más tarde, en la cantina, me enteré por Soraya de que el padre de Lisa acababa de ser arrestado por la policía en estado de ebriedad. (¡ El padre de Lisa en estado de ebriedad, que no la policía !)

Al fin y al cabo, las niñas me oyeron contestarle a Lisa y saben que más les vale callarse la boca. Por eso, prefieren conversar entre sí, bien que lo he notado, y me dejan aparte. Mejor así, que de esta manera, me doy un descanso. Este curso, me da por estar sola.

Claro, con Vicente, es distinto. Y te estarás preguntando por qué no le hice caso al entrar en el aula ayer. Pero si te imaginas que es lo mismo que con las amigas, por tu salida, estás muy equivocado.

A Vicente lo quiero con toda el alma, y él a mí igual, no tengo la menor duda. ¿ Entonces por qué dejamos de hablarnos ? Adivino lo que estarás pensando : te figurarás que hay otra niña de por medio, alguna rival que me haya robado al novio... ¡ Pues andas extraviado de nuevo !

Si ya no nos hablamos, Vicente y yo, es porque la vida le hizo una muy mala jugada. Ya está, lo dije. Una malísima jugada. Y que me supera, no sé qué hacer para ayudarlo...

Siento que me voy a poner a llorar, así que, si estás de acuerdo, pongo fin a este capítulo. Tendrás la continuación mañana.

2

Ayer al volver de la escuela, lo primero que hice fue copiar las dos cartas que ya te había redactado, los dos primeros capítulos de la novela de mi vida. Las escribí en este cuaderno nuevo que llevas entre las manos. Bueno, que llevarás cuando lo hayas recibido.

¡ Tardé un tiempazo, y mucho que me dolía la mano ! Además, cuidó mucho la ortografía y esas cosas. A propósito, ¿ se

debe escribir “mucho que me dolía” o “tanto que me dolía” ? (Encima, lo más justo sería decir “mucho me dolía”, pero francamente, ¡ esto resultaría de lo más soso !)

Bueno, todo esto no tiene ninguna importancia. De todos modos, llegaré a ser escritor como tú, mejor dicho, escritora. Si algún día se publica mi cuaderno, sé que en la editorial corregirán los errores antes de imprimir el texto.

Precisamente, tuvimos una conversación a este propósito, en la escuela. Omar se creía que los libros los fabricaban los autores uno por uno, ¡ no se daba ni cuenta del curro que aquello representaría ! Yo levanté la mano y la señorita Alivio me dio la palabra. Expliqué todo lo que sabía :

– Los escritores mandan su texto a París, a su editorial...

– A París entre otros, me interrumpió la maestra, que siempre anda buscándole pelos al huevo. También hay editoriales fuera de la capital. Pero sigue...

Ya que casi no había hablado a nadie en todo el día, lo solté todo a una con la velocidad de un lanzacohetes.

– ... y es el editor quien decide de la portada, del número de páginas y a veces hasta del título, y también es el editor quien, con sus ordenadores, realiza un modelo llamado maqueta. La maqueta puede corregirse hasta el último momento, luego se imprime, lo que significa que se copia miles de veces igual, y los escritores se quedan

felices y orgullosos al recibir algunos ejemplares de su libro recién hecho.

No te había mencionado ni tenía la intención de hacerlo, pero bien saben los otros de dónde saco todas estas informaciones.

– Qué guay tiene que ser tener un padre escritor, notó Randy.

Pues me quedé cortada, Randy también cayó en la cuenta de lo que acababa de decir, y hubo un silencio pesado.

Pero ¿ por qué te cuento yo esto ?
¡ Que si me pongo a describirte con pelos y señales cada una de mis jornadas, nunca conseguiré hablarte de Vicente !... Sin embargo, este cuento de escritores sí que tiene relación con mi enamorado.

Papá, ¿ te acuerdas cuando bajaste de tu despacho ilusionadísimo lanzándonos :

– ¡ Ya está ! ¡ ya la tengo !

Estabas hablando de tu nueva novela sobre la cual llevabas semanas estancado, lo que te ponía de muy mal humor. Aquella vez, acababas de encontrar la buena manera de escribir tu libro.

Pues igual para mí en cuanto a Vicente : si aún no he logrado escribirte lo que le sucedió, es porque estoy buscando mi modo de hacerlo. No quiero hacerlo de cualquier manera, sabes. Bien que podría soltarte de golpe la realidad, a mi modo lanzacohetes, pero lo estropearía todo, no sería más que una información brutal tal y como se encuentran en los diarios.

Sobre todo, quiero que sepas por qué estoy tan infeliz por la desdicha que le pasó a mi enamorado. Y por ello, debo primero hablarte de nuestros días felices, míos y suyos. Entonces, créeme, sí que sé por dónde voy a empezar.

Pero mamá me llama en otra línea, quiero decir que está golpeando la tubería de la calefacción, lo que le ahorra la pena de subir hasta mi cuarto. La cena tiene que estar lista. Apuesto a que toca pescado rebozado con conchitas.

Hasta mañana, querido papaíto. Te prometo que te escribiré TODO sobre Vicente.

A Vicente no lo quise de buenas a primeras, ¡ pero tampoco significa que lo odiara ! Sólo que aún no lo quería con el

alma. Ocurrió durante la primavera pasada.

Te va a parecer estúpido, a ti que no eres un gran deportista, pero fue jugando al baloncesto con él cómo me enamoré. Primero porque él jugaba de maravilla. Ves lo que quiero decir, que no soy precisamente una porrista. Aclamar a los chulos de baggy y camisetas de Tony Parker que lanzan a canasta de gancho y driblan entre las piernas, no es mi rollo. Pues bien, resulta que el baloncesto para presumir tampoco es el rollo de Vicente.

En la cancha, pronto me impuse entre los niños. Hasta ocurrió que vinieran a buscarme. Estoy hablando de la pandilla del barrio que se reúne después de la escuela, en cuanto empieza a hacer

buen tiempo. Gracias a la hora de verano, las veladas son más largas, y los padres nos dejan tiempo libre. (A propósito de la cancha, esta misma mañana, he pasado por delante. ¡ Como la nivelaron mal, se inundó por esta maldita lluvia que ya no cesa !)

Vicente no vive exactamente en el barrio. Fue por casualidad cuando pasó en bici una tarde. Intercambió algunas palabras con nosotros. Le propuse que se quedara a jugar. No tenía tiempo ni tenía las zapatillas adecuadas, pero me aseguró que volvería a la próxima. Me dio ilusión.

Al día siguiente, nada más llegar, empezó criticando la cancha y las canastas que no son reglamentarias, y

entonces pensé que quizás me hubiera equivocado al invitarlo. Le expliqué con calma que nos importaban un rábano las dimensiones de la cancha, que hasta nos permitían estar en paz : los mayores preferían jugar en los terrenos del estadio y así nos dejaban la mar de tranquilos.

En cuanto Vicente tocó su primera pelota, entendí que ambos íbamos a llevarnos bien. Era un “colectivo”, sabes de lo que hablo : prefiere pasar la pelota, que no encerrarse a toda costa en un ataque individual. Y como tiene el sentido del juego, aquí están los resultados : ve al colega desmarcado y le dirige un pase decisivo.

Bueno, otras veces, falla, pero esto nos pasa a todos.

Aquella tarde, me lanzó la pelota y me animó :

– ¡ Chuta !

No tenía a nadie por delante pero estaba lejos de la canasta. Sin embargo, chuté sin pensarlo, y ¡ dale ! ¡ para adentro ! Tres minutos más tarde, volvimos a hacer lo mismo, y otra vez, y otra, y otra. ¡ Aquel día marqué cinco tiros de tres puntos de continuo ! Claro que nuestra línea de tiro no queda tan lejos como la de los profesionales, pero algo es algo.

Tras cada tiro, Vicente y yo nos congratulábamos apretándonos cada vez más de cerca, como quien no quiere la cosa.

Él me llamaba “la señorita de los tres puntos”. Les daba risa a los demás.

Nosotros bien que sabíamos que dábamos el paripé ante los otros, pero nuestros dedos apretaban cada vez un poco más sobre la piel, nuestras mejillas se rozaban, nuestros alientos se juntaban...

Jugaron el último “partido de la temporada” el día de la fiesta de la escuela. Digo “jugaron” porque yo no participé : acababas de irte y en casa reinaba un ambiente de mocos y ojos rojizos. Más tarde, me enteré por Lisa que Vicente tampoco había jugado aquel día. Le había dicho que yo tenía que estar muy triste, y se le quitaban las ganas de jugar.

Sabes, papá, esto es lo que más me duele hoy día : Vicente ya no volvió a pisar una cancha. Porque eso es lo que

intento decirte desde el principio :
Vicente se enfermó, se enfermó con
gravedad. Vicente ya se desplaza en una
silla de ruedas. A Vicente se le
paralizaron las piernas.

3

Ahora entiendes por qué atrasé el momento de llegar a clase el día de la vuelta a la escuela. No me apetecía mucho ver a Vicente. Y no te dije toda la verdad en cuanto a mi disputa con mamá.

En realidad, fingí querer que me llevara en coche, estaba casi segura de que no lo haría, si lo hubiera hecho, habría tardado un rato en vestirse y abrir el garaje, y yo hubiera llegado igual de

tarde. Lo que pretendía era ganar tiempo, llegar lo más tarde posible.

Claro, era por tu partida y por lo que iban a decir mis amigas, pero sobre todo era porque sabía que Vicente acudiría a la escuela en silla de ruedas. Estaba al tanto de su enfermedad, aunque no conocía todos los detalles.

Una mañana, los había divisado a su madre y a él. Ella lo empujaba en el aparcamiento del supermercado y no te puedes imaginar la pena que experimenté. Como si la tierra se abriera para impedirme que corriera. Y di media vuelta.

Fui cobarde, lo reconozco. Me faltó el ánimo, y no me siento orgullosa de ello. Pero que conste que acababas de dejarnos, y me pareció todo tan

complicado. En un segundo, imaginé el diálogo que hubiéramos tenido Vicente y yo, como dos ancianitos intercambiando desgracias :

ÉL : Ya no puedo andar, estoy paralizado por culpa de un maldito microbio.

YO : Ya lo sé. Me lo dijeron. Y en cuanto a mí, mi padre ha...

ÉL : Sí, me he enterado. Todos están enterados. ¡ Deberíamos montar un club entre los dos !

YO : Es una buena idea. Nos llamaríamos “Golpeados por la vida” o “Los desventurados de la vuelta a clase”, o “Vaya mala suerte”...

ÉL : ¡ Nos invitarían a los programas de telebasura !

Vale, no tiene mucha gracia, y seguramente existiera una manera normal de

hablarnos, Vicente y yo. Excepto que nuestra vida no era *normal*, a mi parecer, y lo que nos pasaba al uno y al otro me afectaba demasiado aquel día.

No me estoy buscando excusa, y estoy segura de que entiendes muy bien lo que siento.

Bueno, acabemos de una vez con el día de la vuelta.

En clase, en cuanto me senté en mi lugar, sentí la mirada de Vicente. Experimenté un sentimiento cercano al pánico, pero hice el esfuerzo de girar la cabeza hacia él. Me consideró con frialdad, con tan solo una sonrisita irónica que podía significar : “A mí no me engañas sobre el motivo de tu retraso”.

Me apresuré a girar la cabeza hacia la pizarra. Entonces la señorita Alivio atrajo

nuestra atención sobre el hecho de que, de ahora en adelante, Vicente acudiría a la escuela en silla de ruedas, ni que fuéramos tontos. Nos habló con voz alegre, la voz conveniente para anunciar una excursión escolar y me pareció insostenible. Preguntó a Vicente si quería explicar él mismo lo que le había pasado, lo que me dio motivo para mirarlo de nuevo. Hizo una señal de que no, de que la maestra podía explicar en su lugar.

Reveló el nombre de su enfermedad :

– La mielina es una especie de vaina que envuelve ciertas fibras nerviosas, en particular en la médula espinal. Puede que se dañe por un motivo u otro, entonces lo llamamos mielitis.

La señorita Alivio hablaba pausadamente, casi apaciblemente. Se intuía

que la maestra había tenido a bien informarse y que la madre de Vicente le había explicado las cosas con pelos y señales. Lo que la honraba, y sin embargo me cabreaba que ella hablara de la enfermedad de Vicente como si de una lección se tratara.

Dejé de escucharla hasta que un rumor recorrió las filas, una especie de excitación alegre, y como yo fruncía el entrecejo sin entender, la señorita Alivio, con tono paciente, me puso los puntos sobre las “íes” :

– Creo que no me has escuchado, Milena. Acabo de precisar que la enfermedad de Vicente no es irreversible. Uno puede sanar perfectamente de una mielitis y sin conservar secuelas. Volveréis a jugar al baloncesto juntos.

Asentí con cara de comprensión, y forcé una sonrisa en mis labios. No me tragaba totalmente el optimismo de la señorita Alivio. Pensé que era una buena manera para ella de poner fin al asunto y ponernos a estudiar. Y me pregunté cómo se había enterado de lo del baloncesto.

La clase volvió a lo ordinario hasta el recreo. Al sonar el timbre, María fue la primera en levantarse. Me interrogó con la mirada. Tuve un tiempo de duda. Cuando entendí la situación, ya era tarde. María creyó, o fingió creer que no me interesaba empujar la silla de Vicente y se hizo cargo. Ambos pasaron delante de mis narices, sin mirarme Vicente.

La señorita Alivio y yo quedamos solas en el aula. Los demás habían salido

sin que me diera cuenta siquiera. La maestra me miraba con benevolencia.

Probablemente veía que yo estaba a punto de romper a llorar. Pero yo no quería su compasión, reaccioné y solita me saqué de apuros. ¿ Te apetece saber cómo, papá ? ¡ Gracias a mi sentido del humor ! Dicen que lo he heredado de ti. En cualquier caso, me lo repetiste mil veces y mamá siempre estuvo de acuerdo.

Antes de que la señorita Alivio pudiera decirme lo que fuera, volví a usar una de las palabras que ella había empleado un rato antes a propósito de la enfermedad de Vicente y dije :

– ¡ Lo de mi padre sí que es irreversible !

4

Con mamá pasamos la tarde en el sofá viendo la tele, mientras la lluvia azotaba los cristales. Tenemos momentos de total enfado y otros en los que nos llevamos bien, cuando ella no me mosquea demasiado.

Me sentí feliz a su vera, ya ni pensábamos en el paraguas de Mary Poppins ni en el portazo, aquello ya era agua pasada. Nos apretábamos una contra otra como dos viejas amigas.

Desde luego, así se lo dije :

– Tú eres mi vieja amiga.

– No, me contestó. Ése no es el papel de una madre. Sí consiento ser tu “vieja” mamá, si tanto te gusta el calificativo, pero no tu amiga...

Y aquí tenía yo de nuevo a mi lado a la mamá de antes, a mi verdadera mamá segura de sí, confiada, sólida y fuerte, a mi mamá tranquilizadora y alentadora. No a la que se atiborra a brownies engullendo litros de té verde para darse buena conciencia.

Añadió :

– Deberías visitar a Lea o a Soraya, e invitarlas. Me parece que te pasas demasiado tiempo sola, y me pregunto lo que estarás tramando durante horas en tu cuarto. Ya ni siquiera escuchas música.

– Estoy escribiendo una novela.

A veces, anunciar la verdad es la mejor manera de esconderla. Mamá no me creyó, y era exactamente lo que buscaba.

– A ti no te va muy bien el reprocharme que no salga, le lancé para cambiar de tema.

Nos miramos, sentimos que faltaba poquísimo para que nos echáramos a pelear. Entonces mamá sosegó el ambiente.

– Bueno. ¿ Qué te parece si nos miramos *Sonrisas y lágrimas* ?

Fingí no tener muchas ganas.

– ¡ Otra historia de niñera, y película del siglo pasado !

– De un aya, Milena. Y la película fecha de la segunda mitad del siglo si me permites...

– ¿ Estás segura de que funciona el DVD ? ¡ Tiene que estar ya transparente de tanto mirarlo !

Pero yo misma introduje el disco en el lector y mamá le dio al mando.

¡ *Sonrisas y lágrimas* ! Ya puedo oír que te ríes. Piensas, igual que yo, en los hijos Van Trapp y sus ridículos sombreros tiroleses. ¡ Cuánto nos reímos con eso ! Sin embargo, por más que te burlaras de esa película que “rebosa buenos sentimientos”, cuando la viste con nosotras, te oí silbar *Mis cosas favoritas* durante toda la semana. Y estoy dispuesta en apostar que lloraste, como suelo llorar yo, cada vez que el Capitán canta *Edelweiss* delante de las narices de los Nazis. Pero ¿ cómo apostaría yo contigo ? He aquí lo

que más echo en falta desde que te fuiste : no tener la posibilidad de conversar de cosas sin importancia, ni siquiera por teléfono. ¡ Cuánto echo de menos tu voz !

Tras la película que dura casi tres horas, estábamos embrutecidas.

– De no tener este tiempo que da pena, sería buen momento para dar un paseo, dijo mamá.

De repente, dio una palmada.

– Ya se me ocurre algo. Vamos a hacer creps, ¿ qué te parece ? ¡ Y un buen chocolate caliente !

– ¡ Bien espeso ! añadí.

En la mesa, sólo se sirvió una taza pequeña de chocolate y no comió más de un crep. Me sorprendió.

– ¡ Por mí, los comería todos ! me aseguró.

De repente le vi mejor cara y entendí por qué : le brillaba en la mirada una voluntad nueva.

– Si quiero salir adelante y reanudar con mi trabajo, tengo que dejar de compensar con la comida. Y a partir de esta noche, se acabaron los somníferos. Así me levantaré con la boca menos pastosa y acaso tenga el ánimo de vestirme.

Parecía determinada a reaccionar, a volver a tomar su vida en mano. Me apreté contra ella :

– Mamá Sonrisa, le murmuré al oído por *Sonrisas y lágrimas*. Mamá Como Antes.

– De todos modos, ¿ qué le vamos a hacer ?, me susurró a su vez alisándome

el pelo con ternura. ¡ Si la vida continúa !
Y a nosotras dos no se nos da tan mal.

Por poco le hablé de Vicente. Pero bueno, no quería plantarme aquí con mis problemas, si bastante tenía ella con lo suyo. En cuanto se repusiera, se lo contaría...

Tras la merienda, a mamá se le antojó ordenar la casa. Vi cualquier cosa en la tele, mientras ella trajinaba en la planta baja canturreando *Mis cosas favoritas*...

Luego la oí que subía la escalera. Cuando chirrió sobre sus goznes la puerta de mi cuarto, no me enteré enseguida, por lo zambullida en la tele que estaba. Fue el silencio que siguió, un silencio excesivamente largo, lo que me llamó la atención.

Un estremecimiento helado me recorrió la espalda. “¡ Mi novela !”, pensé.

La había dejado abierta, en mi escritorio.

Me propulsé del sofá a la velocidad de la luz. ¡ Tarde ! Ya volvía mamá, blandiendo mi cuaderno :

– ¿ Qué es esto ? ¿ Me vas a decirlo ?

Hacía mucho que no había visto a mamá tan furiosa. Hasta puedo decir que *nunca* la había visto así.

La cólera, vale. Lo peor era aquella mezcla de asco, de decepción y de tristeza.

– ¿ Cómo puedes escribir semejantes *barbaridades* ?

Agitaba mi cuaderno como si fuera un trapo sucio. Conseguí quitárselo de las manos. No le importaba el cuaderno. Ni siquiera intentó recuperarlo y eso fue lo que más me dolió.

– ¿ Cómo te has atrevido ? ¿ Cómo has tenido el morro ?

Lanzaba preguntas sin esperar respuestas.

– Es cierto que siempre rondas en bata, repliqué para mi defensa, y que te atiborras a dulces. ¡ Si tú misma lo dices !

– ¡ No te estoy hablando de esto ! ¿ Cómo te atreves a *escribirle a tu padre* ?

Nada supe responder. Sentía la omnipotencia de su pena. No había nada que decir, nada que hacer.

Yo no podía con eso. Y nunca podría justificarme.

– Yo no... no quería... empecé sin convicción.

– ¡ Vaya ! ¡ Con que no querías ! gritó. ¡ Pero sin embargo eso fue lo que hiciste !

¡ A la vista está que no respetas nada !

– ¡ ERES TÚ QUIEN NO RESPETAS NADA ! aullé. ¡ TÚ QUIEN NUNCA *ENTIENDES* NADA !

De golpe, ya no me controlaba. Le tiré el cuaderno a la cara a mamá y me largué.

Abrí la puerta de la casa y salí sin molestarme en volver a cerrarla. Fue mamá quien dio un portazo empleando todas sus fuerzas.

¡ BLAM la puerta ! ¡ y CRAC el tragaluz ! Esta vez, oí claramente el ruido del cristal estrellado.

5

Localicé el gran cedro, con sus ramas agitadas por las ráfagas. La casa de Vicente se ubica en la segunda calle a la derecha. Corrí hasta ahí y le di al timbre sin vacilar lo más mínimo.

En el mismo instante en que salí de casa, sabía exactamente adónde iba. Y quizás aún desde mucho antes : desde el día de la vuelta a clase...

Oí ruido al otro lado de la puerta e imaginé la cara de la madre de Vicente al

ver que me plantaba así, chorreante, sin abrigo ni capucha, con las zapatillas de ratones rosa puestas empapadas de lluvia y tirando a gris. ¡ Tanto peor ! Era una emergencia.

La puerta se abrió y...

Era el padre de Vicente, no su madre. ¿ Cómo se me había podido olvidar que tenía un padre ?

– ¡ Melisa ! gritó.

– No, yo soy Milena.

– ¡ Pasa, pasa !

Me inspeccionó de arriba abajo pero no hizo ningún comentario.

– Quítate las zapatillas, se contentó con decir. Voy a traerte otras.

Se ausentó menos de un minuto antes de volver con una toalla y un par de chanclas. Mientras tanto, en vano

había intentado yo inventar un pretexto a mi visita. Pero no necesité mentir :

– Sécate, me dijo el padre de Vicente al tenderme la toalla. No sé dónde fui a buscar a esta tal “Melisa”, si no conozco a ninguna. ¿ no me guardas rencor por la confusión ?

Y sin esperar mi respuesta, voceó :

– ¡ Vicente, hijo ! Tienes visita. Es Milena. Creo que es urgente...

– Espera, me lanzó Vicente. No me digas nada. Déjame hablarte primero... Te ruego me perdones.

Lo miré sin entender. Hizo rodar su silla hasta mí. No había mucha distancia, que tampoco es inmenso su cuarto.

– Cuando una desdicha le sucede a alguien, prosiguió, uno no sabe muy bien cómo actúa y se cometen torpezas.

Tuve tiempo de cavilar sobre todo eso...

Y repitió con gravedad :

– Por lo tanto, te pido perdón por no hablarte el día de la vuelta a clase.

Me acerqué, cogí sus manos entre las mías.

– ¡ No, soy yo quien tiene que pedirte perdón ! Por tu enfermedad, no me atreví a...

– ¡ He, tranquila, que no tiene nada que ver una cosa con la otra ! reaccionó Vicente haciendo retroceder un poco la silla. Dije “Cuando una *desdicha* le sucede a alguien”. Lo mío sólo es una mielitis. Voy a sanar, Milena. No como tu padre que está...

– ¡ No ! le corté. No pronuncies la palabra, por favor. Me incumbe a mí decirla.

Tomé mucho aire y solté :

– Mi padre que está muerto. Ya está. No “se fue”, no nos “dejó”. *Murió*, dije de nuevo con insistencia.

– ¡ Pero si ya sé lo que le ocurrió a tu padre ! protestó Vicente desamparado. ¿ Tú qué te crees ?

– Ya sé que lo sabes, me reí irónicamente, si no se trata de esto... Todos lo saben. ¡ Yo primera ! Las cosas son como son, qué se le va a hacer.

Gracias a la toalla, yo lo había secado todo de golpe : la lluvia y las lágrimas. Pero éstas volvieron al acecho.

Vicente se acercó y me rodeó la cintura con el brazo :

– ¡ Cuánto quisiera ayudarte !

– Pero si me estás ayudando, Vicente.
¡ Por eso he venido ! Y no estoy tan mal,
no te preocupes.

Le acaricié el pelo.

– Vicente, Vicente mío...

– Milena mía...

Pronunció mi nombre con tanta
dulzura.

– Escribo en un cuaderno, le expliqué.
Es una suerte de diario íntimo, donde
cuento mi vida, pero me dirijo a mi padre
como si siguiera vivo, como si su corazón
no le hubiera fallado de repente a
mediados de agosto, como si sólo nos
hubiera *dejado*, a mamá y a mí, como si
sólo se hubiera *ido* de casa. ¿ Entiendes ?

Vicente asentó.

– Mamá leyó mi cuaderno, proseguí.
Y está indignada de que pueda escribir

semejantes “barbaridades”... Pero ¡ si yo no soy loca ! Sé muy bien lo que hago. Bien sé que papá ya no existe, que la vida lo barrió definitivamente... Sencillamente, no quería escribir la palabra “muerto”, no por el momento. Desde el principio, mantenía el secreto en las páginas de mi cuaderno. Quería que los lectores entendieran sólo al final de mi libro lo que realmente había pasado.

Insistí :

– Estoy escribiendo una *novela*.

– Como tu padre. Él también las escribía.

– Es una manera diferente de contar la vida.

Llamaron a la puerta del cuarto que Vicente me había mandado que cerrara al entrar.

– Milena, dijo su padre. Una llamada de tu mamá para ti...

– Si llama aquí, notó Vicente, es que todo va a salir bien.

Yo no lo veía tan claro. Tomé el celular que me tendían.

– *Milena...*

– ¿Mamá ?

– *Mira, hace un tiempo de perros... Voy a vestirme, sacar el coche e ir a buscarte. ¡ Peor para el planeta !*

No había rasgo de cólera en su voz, tan sólo el amor de una madre :

– *Tomé el tiempo de leer a fondo tu cuaderno. Quisiera que habláramos de ello las dos. Tengo tantas cosas que decirte, pequeña escritora mía, tantas preguntas que hacerte...*

– Mamá, tienes que creerme : no soy loca. Es mi manera de contar la vida.

– *Y bien que lo he entendido, cariño.*

Añadí también :

– Al fingir escribirle a papá, sigo pensando en él. Sigo queriéndolo...

Dejé pasar algunos segundos.

– Mamá...

– *Sí, mi vida...*

– Te espero.

Y terminé :

– Estoy bien, sabes. Estoy con Vicente.